

mejor no menear el arroz, aunque se pegue.—Siempre los escuderos, respondió Doña Rodríguez, son enemigos nuestros; que, como son duendes de las antesalas, y nos ven á cada paso, los ratos que no rezan (que son muchos), los gastan en murmurar de nosotras, desenterrándonos los huesos, y enterrándonos la fama. Pues mándoles yo á los leños movibles, que, mal que les pese, hemos de vivir en el mundo y en las casas principales, aunque muramos de hambre, y cubramos con un negro monjil nuestras delicadas ó no delicadas carnes, como quien cubre ó tapa un muladar con un tapiz en día de procesion. Á fe, que si me fuera dado, y el tiempo lo pidiera, que yo diera á entender, no solo á los presentes, sino á todo el mundo, cómo no hay virtud que no se encierre en una dueña.—Yo creo, dijo la duquesa, que mi buena Doña Rodríguez tiene razon, y muy grande; pero conviene que aguarde tiempo para volver por sí y por las demás dueñas, para confundir la mala opinion de aquel mal boticario, y desarraigar la que tiene en su pecho el gran Sancho Panza.” Á lo que Sancho respondió: “Despues que tengo humos de gobernador, se me han quitado los vaguidos de escudero, y no se me da, por cuantas dueñas hay, un cabrahigo.” Adelante pasaran con el coloquio dueñesco, si no oyeran que el pífaro y los tambores volvian á sonar, por donde entendieron que la Dueña Dolorida entraba. Preguntó la duquesa al duque, si seria bien ir á recibirla, pues era condesa y persona principal. “Por lo que tiene de condesa, respondió Sancho antes que el duque respondiese, bien estoy en que vuestras grandezas salgan á recibirla; pero, por lo de dueña, soy de parecer que no se muevan un paso.—¿Quién te mete á tí en esto, Sancho? dijo Don Quijote.—¿Quién, señor? respondió Sancho; yo me meto, que puedo meterme, como escudero que ha aprendido los términos de la cortesía en la escuela de vuesa merced, que es el mas cortés y bien criado caballero que hay en toda la cortesanía; y en estas cosas, segun he oido decir á vuesa merced, tanto se pierde por carta de mas como por carta de menos; y, al buen entendedor, pocas palabras.—Así es como Sancho dice, dijo el duque; veremos el talle de la condesa, y por él tantearemos la cortesía que se le debe.” En esto, entraron los tambores y el pífaro, como la vez primera. Y aquí, con este breve capitulo, dió fin el autor, y comenzó el otro siguiendo la misma aventura, que es una de las mas notables de la historia.

CAPÍTULO XXXVIII.

Donde se cuenta la que dió de su mala andanza la Dueña Dolorida.

DETRÁS de los tristes músicos comenzaron á entrar, por el jardin adelante, hasta cantidad de doce dueñas, repartidas en dos hileras, todas vestidas de unos monjiles anchos, al parecer de anascote batanado, con unas tocas blancas de delgado canequí, tan luengas, que solo el ribete del monjil descubrian. Tras ellas venia la condesa Trifaldi, á quien traia de la mano el escudero Trifaldin de la Blanca Barba, vestida de finisima y negra bayeta por frisar; que, á venir frisada, descubriera cada grano del grandor de un garbanzo, de los buenos de Martos: la cola ó falda, ó como llamarla quisieren, era de tres puntas, las cuales se sustentaban en las manos de tres pajes, asimismo vestidos de luto, haciendo una vistosa y matemática figura con aquellos tres ángulos acutos que las tres puntas formaban, por lo cual cayeron todos los que la falda puntiaguda miraron, que por ella se debía llamar la condesa *Trifaldi*, como si dijésemos la condesa *de las Tres Faldas*: y así dice Benengeli que fué verdad, y que de su propio apellido se llama *la condesa Lobuna*, á causa que se criaban en su condado muchos lobos; y que si, como eran lobos, fueran zorras, la llamaran *la condesa Zorruna*, por ser costumbre, en aquellas partes, tomar los señores la denominacion de sus nombres de la cosa ó cosas en que mas sus estados abundan; empero esta condesa, por favorecer la novedad de su falda, dejó el *Lobuna* y tomó el *Trifaldi*. Venian las doce dueñas y la señora á paso de procesion, cubiertos los rostros con unos velos negros, y no transparentes como el de Trifaldin, sino tan apretados, que ninguna cosa se traslucian. Así como acabó

de parecer el dueñesco escuadron, el duque, la duquesa y Don Quijote se pusieron en pié, y todos aquellos que la espaciosa procesion miraban. Pararon las doce dueñas, y hicieron calle, por medio de la cual la Dolorida se adelantó, sin dejarla de la mano Trifaldin. Viendo lo cual el duque, la duquesa y Don Quijote, se adelantaron obra de doce pasos á recibirla. Ella, puestas las rodillas en el suelo, con voz, antes basta y ronca que sutil y delicada, dijo: "Vuestras grandezas sean servidas de no hacer tanta cortesía á este su criado, digo á esta su criada, porque, segun soy de dolorida, no acertaré á responder á lo que debo, á causa que mi extraña y jamás vista desdicha me ha llevado el entendimiento no sé adónde, y debe de ser muy lejos, pues, cuanto mas le busco, menos le hallo.—Sin él estaria, respondió el duque, señora condesa, el que no descubriese por vuestra persona vuestro valor, el cual, sin mas ver, es merecedor de toda la nata de la cortesía, y de toda la flor de las bien criadas ceremonias:" y, levantándola de la mano, la llevó á asentar en una silla junto á la duquesa, la cual la recibió asimismo con mucho comedimiento. Don Quijote callaba, y Sancho andaba muerto por ver el rostro de la Trifaldi y de alguna de sus muchas dueñas; pero no fué posible hasta que ellas, de su grado y voluntad, se descubrieron. Sosegados todos, y puestos en silencio, estaban esperando quién le habia de romper; y fué la Dueña Dolorida, con estas palabras: "Confiada estoy, señor poderosísimo, hermosísima señora, y discretísimos circunstantes, que ha de hallar mi cutísima en vuestros valerosísimos pechos acogimiento, no menos plácido que generoso y doloroso, porque ella es tal, que es bastante á enternecer los mármoles y á ablandar los diamantes y á molificar los aceros de los mas endurecidos corazones del mundo; pero antes que salga á la plaza de vuestros oídos, por no decir orejas, quisiera que me hicieran sabidora si está en este gremio, corro y compañía el acendradísimo caballero Don Quijote de la Manchísima, y su escuderísimo Panza.—El Panza, antes que otro respondiese dijo Sancho, aquí está, y el Don Quijotísimo, asimismo; y así, podreis, dolorosísima dueñísima, decir lo que quisieredísimis, que todos estamos prontos y aparejadísimos á ser vuestros servidorísimos." En esto, se levantó Don Quijote; y, encaminando sus razones á la Dolorida Dueña, dijo: "Si vuestras cuitas, angustiada señora, se pueden prometer alguna esperanza de remedio por algun valor ó fuerzas de algun andante caballero, aquí están las mias, que, aunque flacas y breves, todas se emplearán en vuestro servicio. Yo soy Don Quijote de la Mancha, cuyo asunto es acudir á toda suerte de menesterosos: y siendo esto así, como lo es, no habeis menester, señora, captar benevolencias, ni buscar preámbulos, sino, á la llana y sin rodeos, decir vuestros males; que oídos os escuchan que sabrán, si no remediarlos, dolerse dellos." Oyendo lo cual la Dolorida Dueña, hizo señal de querer arrojarse á los piés de Don Quijote, y aun se arrojó; y, pugnando por abrazárselos, decia: "Ante estos piés y piernas me arrojó, ¡oh caballero invicto! por ser los que son basas y columnas de la andante caballería: estos piés quiero besar, de cuyos pasos pende y cuelga todo el remedio

de mi desgracia. ¡Oh valeroso andante, cuyas verdaderas fazañas dejan atrás y escurecen las fabulosas de los Amadis, Esplandianes y Belianises!" Y dejando á Don Quijote, se volvió á Sancho Panza, y, asiéndole de las manos, le dijo: "¡Oh tú, el mas leal escudero que jamás sirvió á caballero andante, en los presentes ni en los pasados siglos, mas luengo en bondad que la barba de Trifaldin mi acompañador, que está presente! bien puedes preciarte que, en servir al gran Don Quijote, sirves en cifra á toda la caterva de caballeros que han tratado las armas en el mundo. Conjúrote, por lo que debes á tu bondad fidelísima, me seas buen intercesor con tu dueño para que luego favorezca á esta humilísima y desdichadísima condesa." Á lo que respondió Sancho: "De que sea mi bondad, señora mia, tan larga y grande como la barba de vuestro escudero, á mí me hace muy poco al caso: barbada y con bigotes tenga yo mi alma cuando desta vida vaya, que es lo que importa; que, de las barbas de acá, poco ó nada me curo; pero, sin esas socaliñas ni plegarias, yo rogaré á mi amo (que sé que me quiere bien, y mas agora que me há menester para cierto negocio) que favorezca y ayude á vuesa merced en todo lo que pudiere: vuesa merced desembaule su cuita, y cuéntenosla, y deje hacer, que todos nos entenderemos." Reventaban de risa con estas cosas los duques, como aquellos que habian tomado el pulso á la tal aventura, y alababan entre sí la agudeza y disimulacion de la Trifaldi, la cual, volviéndose á sentar, dijo: "Del famoso reino de Candaya, que cae entre la Gran Trapobana y el Mar del Sur, dos leguas mas allá del Cabo Comorin, fué señora la reina Doña Maguncia, viuda del rey Archipiela, su señor y marido, de cuyo matrimonio tuvieron y procrearon á la infanta Antonomasia, heredera del reino; la cual dicha infanta Antonomasia se crió y creció debajo de mi tutela y doctrina, por ser yo la mas antigua y la mas principal dueña de su madre. Sucedió, pues, que, yendo dias y viniendo dias, la niña Antonomasia llegó á edad de catorce años, con tan gran perfeccion de hermosura, que no la pudo subir mas de punto la naturaleza. ¡Pues digamos ahora que la discrecion era mocosa! así era discreta como bella, y era la mas bella del mundo, y lo es, si ya los hados envidiosos y las parcas endurecidas no la han cortado la estambre de la vida; pero no habrán, que no han de permitir los cielos que se haga tanto mal á la tierra, como seria llevarse en agraz el racimo del mas hermoso veduño del suelo. Desta hermosura, y no como se debe encarecida de mi torpe lengua, se enamoró un número infinito de príncipes, así naturales como extranjeros, entre los cuales osó levantar los pensamientos al cielo de tanta belleza un caballero particular que en la córte estaba, confiado en su mocedad y en su bizarria, y en sus muchas habilidades y gracias, y facilidad y felicidad de ingenio; porque bago saber, á vuestras grandezas, si no lo tienen por enojo, que tocaba una guitarra que la hacia hablar, y mas, que era poeta y gran bailarín, y sabia hacer una jaula de pájaros, que, solamente á hacerlas, pudiera ganar la vida cuando se viera en extrema necesidad: que todas estas partes y gracias son bastantes á derribar una montaña, no que una delicada doncella.